

## **ORACION FUNEBRE**

Por : Eucario Palacio Palacio

**Dignísimos Sacerdotes**  
**Señores Magistrados, Señores Jueces**

Una vez más el ala fría de la muerte ha rozado a la familia judicial y en esta oportunidad el apabullante designio señaló al silencioso y solitario Magistrado **LUIS ALFONSO MONTOYA CADAVID**. Imperceptiblemente y casi sin que lo sintiéramos, se adentró en el eterno silencio y en la definitiva soledad.

Aquí estamos para despedirlo en su viaje sin regreso, para ser testigos del instante en que se reincorporará al polvo y para estar muy cerca de él, a la hora de su naufragio en el océano de la divinidad.

Es verdad que este hijo de Dios "cayó como trigo en las entrañas de la tierra para germinar en la resurrección de los muertos". Pero, justamente al hacerlo, nos está dando la lección del trigo y nos está ubicando frente a la presencia insondable del misterio, que sirvió de estímulo al hombre para intuir lo sobrenatural, para disparar su esperanza más allá de la vida terrena, para elevar su pensamiento de lo transitorio a lo eterno, de lo humano a lo divino. **ALFONSO MONTOYA**, ahora, nos está dando la respuesta a la pregunta evangélica que inquiere: Qué pasa si el grano no muere.?

Si, es que la muerte del grano es la vida de la espiga. La vida de la espiga es la plenitud de los graneros, la abundancia del pan y la multiplicación de las hostias, que en eterno ciclo vuelven a ser la vida. El grano que muere es el símbolo de todo lo fecundo, de todo lo que germina, de todo lo que resucita.

Digamos, entonces, que este "grano de trigo" fue un hombre bueno, prudente, justo y profundamente caritativo y que por ésto fue semilla germinante, espiga fértil, granero colmado y hostia de sacrificio.

Porque en lo recóndito del alma de **ALFONSO MONTOYA CADAVID** punzaron cuotidianamente la necesidad y el dolor del prójimo. Y él, a la manera del buen samaritano, siempre puso el vino y el aceite en la llaga sangrante. Intimamente amó mucho y sufrió por muchos, especialmente por los pobres. Porque, ante todo, fue un cristiano integral que construyó su vida en términos de caridad. Sin que la mano derecha se diera cuenta de lo que hacía la izquierda, se entregó totalmente a los demás.

**ALFONSO MONTOYA CADAVID** fue un hombre de una profunda y rica vida interior, porque asimiló y vivió íntegramente el imperativo agustiano: *Noli Foras ire, in te reddi*: No vayas hacia afuera, permanece en tí, porque en el fondo del alma habita la verdad. Este ensimismamiento lo llevó siempre a pensar más en el ser que en el tener.

**ALFONSO MONTOYA**, fue un hombre impecablemente prudente; nadie recibió de él una ofensa de palabra o de hecho. Su mutismo lo hizo profundamente sabio y su inteligencia vigilante siempre le descubrió las profundidades del hombre, del bien y del mal, para comprenderlos.

**ALFONSO MONTOYA C** fue un juez ejemplar: Tuve la fortuna de ser su revisor, en la tarea judicial, durante nueve años y de él aprendí la rigidez sin tiranía; la lealtad al espíritu de la norma sin descuidar el texto; la manera de ser bondadosamente justos.

**ALFONSO MONTOYA CADAVID** también sufrió calladamente el lacerante dolor de patria que nos tortura a esta hora, porque él fue plenamente consciente de lo que bellamente expresara CARRANZA: "Nos ha tocado vivir, le ha tocado vivir a mi generación, que es una generación de náufragos, en un mundo caído, donde el hombre perdió la consciencia de los valores eternos y de su origen divino ... Hay que volver, entonces, a encontrar nuestras raíces y a descubrir una manera de ser hombres, que nos devuelva la vigencia del espíritu de comunidad, una razón vital que dé sentido a nuestros actos y una nueva manera de vivir nuestra fé, que dé dimensión a nuestra vida".

En su última enfermedad **ALFONSO MONTOYA CADAVID** vivió la sentencia de Esquilo en la tragedia griega: "La escuela de la

vida está en el dolor". Y de allí tomó su última lección que será legado para nosotros, porque a la manera de un niño aterrorizado, pero con profunda fé, se abandonó en brazos de la Providencia y se sometió a sus designios inescrutables, al ponerse en manos de sus médicos. Se dejó macerar como las uvas en el lagar y en esa maceración se fermentó el licor de su martirio. Así, ebrio de dolor físico, pero también purificado por él, regresó al "Gran todo".

Sobre su cuerpo inerte ha quedado escrita imperecedera enseñanza para la humanidad y la medicina: Que ésta debe evitar el dolor; curar en la medida de lo posible y consolar siempre. Pero sin deshumanizarse y sin hacer de la carne y de la sangre un simple vegetal experimental para prolongar inhumanamente una agonía; que si importa la vida también importa la calidad de vida; que el supremo derecho del hombre, después de vivir es el de morir con dignidad, a la hora señalada por el destino. No antes ni después.

Se ha dicho que los muertos no están muertos, que simplemente están ausentes. La imagen de **ALFONSO MONTOYA CADAVID**, sembrada en los territorios incorruptibles del corazón, permanecerá eternamente joven y vital, porque como un grano de trigo, ha germinado en una lección humana y en un principio de vida eterna.

Palabras en el sepelio del Dr. Luis Alfonso Montoya Cadavid, magistrado del Honorable Tribunal Superior de Medellín — Sala Penal. Medellín, 5 de Septiembre de 1986.